

Admiración del mundo

Actas selectas del XIV Coloquio Internacional
de la Asociación de Cervantistas
editado por Adrián J. Sáez

El Escipión de *La Numancia* o el miedo a perder la Fama

Jordi Aladro

University of California, USA

Abstract This work examines how the Cervantine tragedy *Numancia* portrays the figure of the Roman Consul Scipio, an unscrupulous leader who is more interested in increasing his fame than in achieving a just peace. It seems relevant to highlight the rivalry between Scipio and Theogenes, a rivalry that is neither political nor military, but a fight of egos. Both yearn for the fame and notoriety resulting from unusual feats that will forever be retold. Theogenes substantiates his fame through the mass suicide of his people. Scipio is driven by pride when defeating the brave Numancians through starvation only to fulfil his promise to triumph without spilling Roman blood.

Keywords Scipio. Theogenes. Fame. Pride. Suicide.

Una onza de buena fama, vale más que una libra de
perlas (Cervantes, *Persiles*, II, 14)

La Numancia es una portentosa tragedia épica con dos héroes, o mejor dicho dos anti-héroes, como figuras principales.¹ Un héroe colectivo: los numantinos con su líder Teógenes, y otro individual: Escipión. Personajes antagónicos pero que funcionan y actúan de forma paralela y complementaria. Sin embargo, a estos dos protagonistas hay que añadirles un tercero que permea toda la obra: la idea de Fama. Tema muy recurrente en casi toda la obra cervantina fácilmente rastreable desde la temprana *Numancia* al póstumo *Persiles* (Correa 1959).

1 Utilizo la edición de Alfredo Baras Escolá (Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009).

Así, Marcelino Javier Suárez Ardura nos dice que «Fama» es quizás uno de los vocablos más frecuentes en el Quijote. «Fama», «famoso», «famosa», «famosos» y «famosas» llegan a sumar 287 apariciones. Si los asociamos con vocablos como «gloria» o «gloriosa», habríamos de elevar la cantidad de apariciones a 333. Bien es cierto que «fama» no es «gloria» y que «gloria» remite a contenidos angulares en el espacio antropológico. Pero también es cierto que en el *Quijote* «fama» y «gloria» aparecen vinculadas en el mismo sintagma más de una vez (Suárez Ardura 2007).

No es de extrañar, por ello, que sea la Fama precisamente el personaje que cierra *La Numancia*, exaltando la gesta numantina en los versos que ponen punto y final a la tragedia:

Hallo sólo en Numancia todo cuanto | debe con justo título cantar-
tarse, y lo que puede dar materia al llanto | para poder mil siglos
ocuparse. | La fuerza no vencida, el valor tanto, digno de prosa y
verso celebrarse; | mas, pues de esto se encarga la memoria, | de-
mos feliz remate a nuestra historia. (vv. 2432-2439)

En el Renacimiento, era «fama todo aquello que de alguno se divulgaba, ora sea bueno ora malo». Cuando la fama es *cum laude* se dice gloria y añade Covarrubias: «*Est frequens de alicuo fama cum laude*. Una fama y una voz común que hay de algunos, a quien loamos y engrandecemos por sus hechos y su virtud». Don Quijote en el capítulo 47 de la primera parte define clara y distintamente lo que se entiende por fama: «andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa». Y más adelante:

Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la Fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, a despecho y pesar de la misma envidia...ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre y alteza de las armas. (II, 3)

«Según estos ideales -escribe Riley (2002, 30)-, la virtud (en el sentido más amplio de la palabra) era una parte integral de la fama. Sin ella, era meramente publicidad, o aun mala fama». Por eso, la conducta de los héroes, así históricos como inventados, que gozaban de la fama auténtica, era apreciada por su ejemplaridad. Su conducta se juzgaba digna de imitarse.

Está claro, entonces, que el concepto de fama en Cervantes se construye en base a dos componentes: por un lado, el acto, el hecho en sí, que dará lugar a la fama y, por otro, la resonancia de este hecho. Si el eco es negativo es mala fama y, si es virtuoso, se dirá buena fama o gloria.

Volvamos a la tragedia. A pesar de que un buen número de prestigiosos cónsules estuvieron al mando de la contienda con Numancia (entre otros, Nobilior, Claudio Marcelo, Cecilio Metelo, Pompeyo, Popilio Lenas, el general Hostilio Mancino, a quien los numantinos humillaron ocasionando al ejército romano, en el 137 a.C., uno de los mayores ultrajes de su historia, y finalmente a Furio Filo), en Roma no se entendía que un grupo de celtíberos estuvieran desafiando el prestigio y al poder omnímodo de Roma. Las legiones romanas no estaban acostumbradas a las derrotas, por eso el Senado Romano manda al héroe de Cartago: Publio Cornelio Escipión.

La llegada de Escipión a Numancia genera un cierto grado de esperanza entre los numantinos, ya que esperan del héroe un comportamiento justo, y digno de su reputación, ya que el valor, la virtud y la justicia deben ser los rasgos más sobresalientes del héroe. Así lo anuncia el primer Numantino: «Tu virtud y valor es quien nos ceba, | y nos declara que será ganancia | si por señor y amigo te tenemos» (vv. 262-264). Se produce una magnificación de la figura del héroe a través de sus actos, aunque Escipión ya ha anticipado que no aceptará una rendición honrosa por parte de los numantinos: «No quiero otro primor ni otra fragancia | en tanto que español viva en Numancia» (vv. 143-144). Desgraciadamente, esa inicial esperanza de paz justa buscada por los numantinos se desvanece por la actitud de Escipión: «Señor, que esa arrogancia nos muestras» (v. 279), insisten los embajadores numantinos: «[Numancia] quiere serte vasallo y fiel amigo» (v. 287). Escipión los decepciona y no hace gala ni a su nombre ni a su reputación: «Sin querer la amistad que te ofrecemos, | correspondiendo mal de ser quien eres» (vv. 291-292).

Después de la partida de los embajadores, sentencia Escipión: «buscando de vencerle tal camino, | que más a *mi* provecho se convenga» (vv. 316-317). Y más adelante: «¿Qué gloria puede haber más levantada | en las cosas de guerra que aquí digo» (vv. 1129-1130). Escipión no acepta la rendición de los numantinos porque no es un diplomático; el cónsul romano es un militar que únicamente busca renombre y fama y sabe que solo lo logrará con una hazaña memorable: «¿Que gloria puede haber más levantada | en las cosas de guerra que aquí digo, que, sin quitar de su lugar la espada, vencer y sujetar al enemigo?» (vv. 1128-1129). Escipión es un general dominado por el orgullo y la soberbia, que no puede distinguir entre la justicia y la venganza: «Cada cual se fabrica su destino | no tiene aquí Fortuna alguna parte» (vv. 157-158).² Tal apetito de gloria se ve degradado por su egoísmo. Se produce así un desajuste entre el héroe y los va-

² Frase que parece gustarle a Cervantes. «cada uno es artífice de su ventura» (*Quijote*, II, 66). Se trata de una frase de Claudio Apio 'el Ciego' que se difundió a través de una epístola del Pseudo Salustio.

lores y acciones que deben acompañar su nombre, lo cual provocará la caída moral de Escipión. Por eso le pregunta Caravino: «¿qué gloria alcanzaréis en darnos muerte» (v. 1215), tarde le llega la pregunta al cónsul que ya la había contestado: «que ya he puesto en ella la ventura | la gloria mía y vuestra sepultura» (v. 270).

¿Por qué mueren en realidad los numantinos? Ya lo anticipa en su profecía el cuerpo muerto: «No entiendas que de paz habrá memoria» (v. 1077). Y Teógenes confirma: «Solo se ha de mirar que el enemigo | no alcance de nosotros triunfo y gloria, | antes ha de servir él de testigo | que apruebe y eternice nuestra historia | y si todos venís en lo que digo | mil siglos durará nuestra memoria» (vv. 1418-1423).

El primer suicidio³ en *La Numancia* es el de Marquino, quien incapaz de enfrentarse a sus conciudadanos y contarles las nuevas desgracias, se tira a la tumba vacía. Su sacrificio carece de ritual y no existen beneficiarios de su muerte; sin embargo, estructuralmente inaugura un ciclo de violencia que irá creciendo con rapidez hasta convertirse en uno de los ejes centrales de la tragedia. Curiosamente, ninguno de los sacrificios numantinos conseguirá el objetivo que el sacrificio por antonomasia persigue: restaurar la armonía en una comunidad o salvar la vida de sus miembros con una sola muerte (cf. Petro 2005). Y no lo logra porque no es esto lo que busca Numancia, con su líder Teógenes al frente.

Hay en el suicidio numantino, cierto orgullo, así como también una oscura vocación tanática y teatral.⁴ Un numantino dice: «que yo mi gusto pongo en quedar muerto» (v. 599), y más adelante añade: «nosotros mismos, a quien ya es molesto | y enfadoso el vivir que nos atierra, | hemos dado sentencia irrevocable | de nuestra muerte, aunque crüel, loable» (vv. 1644-1647; cursiva añadida). De lo que se trata, como señala la Enfermedad, es de anhelar que «en el morir han puesto su contento, | y, por quitar el triunfo a los romanos, | ellos mismos se matan con sus manos» (vv. 2021-2023). Las palabras «loable» y «triunfo» nos ponen aquí sobre la pista del verdadero motivo de la actitud numantina. El suicidio, tanto el colectivo (los numantinos) como el individual (Bariato), tiene un mismo fin: eternizarse en la Historia y en la memoria para que su derrota sea respetada por el olvido. Es decir, no buscan la salvación sino la gloria.

³ Las sociedades, sobre todo las de raíz judeocristiana, suelen condenar este acto supremo de desesperación. Esta repulsa social con respecto al suicidio se pone de relieve en la *Biblia* (*Génesis* 4:10, *Apocalipsis* 22:20), en Aristóteles (*Ética a Nicómaco*, libros III y V), en San Agustín (*Ciudad de Dios*, libro XXII), en Santo Tomás (*Summa* 2-2, q. 64), en Dante (*El infierno*, canto XIII). El mismo Cervantes no puede aprobar este tipo de actitudes y por eso dice que «la mayor cobardía del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal de que le falta el ánimo para sufrir los males que teme. Y ¿qué mayor mal puede venir a un hombre que la muerte? Y siendo esto así, no es locura el dilatarla?» (*Persiles*, II, 13).

⁴ Véase este aspecto teatral en Hermenegildo 1992.

Por esto, el objetivo de ser recordado sólo se logra con una muerte individual, la de Bariato: «que tú sólo has llevado la ganancia | desta larga contienda ilustre y rara» (vv. 2411-2412). Recordemos que Bariato inicialmente no quiere morir, y por eso huye con su amigo Servio a esconderse en la torre: «¿Por dónde quieres que huyamos Servio? | [...] ¿No ves, triste, que nos siguen | mil hierros para matarnos? | [...] A una torre de mi padre | me pienso ir a esconder» (vv. 2116, 2120-2122, 2126-2127). Va a ser la presencia de Escipión y sus tardías promesas el detonante del sacrificio de Bariato y con ello la victoria moral de Numancia sobre Roma: «Tarde, crüel, ofreces tu clemencia» (v. 2342), Bariato es un personaje capaz de anteponer el futuro colectivo al presente individual⁵ con un sentido de comunidad impropio de un niño. Se trata de un gesto tan altruista como doloroso, y ahí radica su fortaleza moral. El sacrificio de un mártir, con su congénito ritual exhibicionista, y no la de un suicida, como Teógenes, será el origen del mito numantino y la caída de Escipión: «Tú con esta caída levantaste | tu fama, y mis vitorias derribaste» (vv. 2407-2408). Presagio que ya al final de la primera jornada habían vaticinado España y el Duero: «Mas ¡ay! Que veo el término cumplido | llegada ya la hora postrimera, | do acabará su vida y no su fama» (vv. 389-391), «Un consuelo le queda en este estado: | que no podrán las sombras del olvido | escurecer el sol de sus hazañas» (vv. 461-463).

Aquí nos parece importante destacar la velada rivalidad entre Escipión y Teógenes, rivalidad que no es ni política ni militar, sino una lucha de egos en busca de algo que está más allá de la victoria o la salvación: ambos anhelan la Fama. Pero no cualquier fama o notoriedad, sino la que resultante de hazañas inusuales, nunca vistas antes, y que serán parte de la Historia precisamente por su excepcionalidad. Teógenes desde la autodestrucción de su gente y Escipión desde el orgullo, derrotando, sin derramar sangre romana, a un pueblo que ha resistido dieciséis años de asedio, y que está mermando la fama y renombre del Imperio romano: «Paréceos, hijos, que es gentil hazaña | que tiemble del romano nombre el mundo, | y que vosotros solos en España le aniquiléis y echéis en el profundo?».

Por otro lado, éstas son las preocupaciones de Teógenes: «Solo se ha de mirar que el enemigo | no alcance de nosotros triunfo y gloria» (vv. 1418-1419). Y añade: «ni el romano poderío | llevará de vosotros triunfo o palma, pues por más que codicia los atiza, | triunfarán de Numancia en la ceniza» (vv. 2076-2077). Esta actitud hace que los líderes, ofuscados por su arrogancia y orgullo, no escuchen los sabios consejos de sus súbditos. Jugurta advierte a Escipión que: «la fuer-

⁵ Sacrificio que nos recuerda a Héctor cuando al verse abandonado por Atenea: «Cuando menos, no muera yo sin esfuerzo y sin gloria, sino tras cumplir gran hazaña que aun los hombres futuros hayan de oír». (*Iliada*, canto XXII).

za del ejército se acorta | cuando va sin arrimo de justicia, | aunque más le acompañen a montones | mil pintadas banderas y escuadrones» (vv. 61-64) y a Teógenes le reclama un soldado numantino: «¿A quién, fuerte Teógenes, invocas? | ¿Qué nuevo modo de morir procuras? | ¿Para qué nos incitas y provocas | a tantas desiguales desventuras?» (vv. 2164-2167).

Escipión con su carácter rencoroso, vengativo y sumamente cínico, solo busca gloria al unir su destino con el del Imperio, ya que es el Senado Romano quien le ha nombrado en este cargo. Escipión no es independiente de sus actos, sino que está sujeto al destino del Imperio que orienta y marcará sus decisiones. Hay desde el principio de la obra una clara interdependencia entre el cónsul romano y el Imperio:⁶ «Esta difícil y pesada carga | que el Senado romano me ha encargado | tanto me aprieta, me fatiga y carga | que ya sale de quicio mi cuidado» (vv. 1-4). Escipión parece preguntarse: ¿qué beneficios puede darme una victoria más, yo que he sometido a Cartago? La respuesta es sencilla: ninguna; ¿pero qué consecuencias puede tener para mi reputación una derrota? Muchas y no buenas. Ante este dilema Escipión medita y busca una salida, una estrategia que, a los ojos del Senado Romano, a los del mundo, y especialmente a los de la Historia, hagan aumentar su fama hasta convertirla en gloria. La solución será ganar una guerra sin combatir ni sufrir baja romana alguna. Eso le dará lo que tanto anhela: la gloria inmortal. Ahí su desesperación final al ver tornadas en humo y viento su esperanza de una memorable victoria. El arrepentimiento llega tarde: «¿Estaba, por ventura, el pecho mío | de bárbara arrogancia y muertes lleno, | y de piedad justísima vacío?» (vv. 2306-2308). Junto a la derrota moral, a Escipión también le duele que Bariato le haya quitado la gloria: «Tú con esta caída levantaste tu fama, y mis vitorias derribaste» (vv. 2407-2408). Curioso plural «vitorias»; es decir, esta victoria deshonorosa ensombrecerá todas sus otras hazañas bélicas. Escipión será recordado por tus triunfos sobre los cartagineses (la buena fama), pero también por tu derrota moral en Hispania (la mala fama) y por ello no tendrás gloria, parece decirle Cervantes; al igual que Felipe II, quien será elogiado por su Imperio (la buena fama) y por la adhesión de Portugal en 1580, precisamente el año en que Cervantes es liberado, pero también recordado por su olvido de los más de 20.000 esclavos españoles en el norte de África (la mala fama). Por eso Cervantes con su *Numancia* y en otras de sus obras, tanto en verso como en prosa,⁷ no le dejará en paz ni en la gloria.

⁶ La idea de patria, justicia e Imperio está muy bien explicada en Vivar 2004.

⁷ Véase sobre este aspecto, entre otros estudios, a Rey Hazas 2000; Kahn 2006; Aladro 2014.

Bibliografía

- Aladro, J. (2014). «*La Numancia*, Cervantes y Felipe II». *Comentarios a Cervantes*. Ed. de M. Fernández Ferreiro y E. Martínez Mata. Madrid: Fundación María Cristina Masaveu Peterson, 932-46.
- Cervantes, M. de (1990). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. de J.B. Avallé-Arce. Madrid: Castalia.
- Cervantes, M. de (2009). *Tragedia de Numancia*. Ed. de A. Baras Escolá. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Cervantes, M. de (2015). *Don Quijote de la Mancha*. Ed. de F. Rico. 2 vols. Madrid: RAE.
- Correa, G. (1959). «El concepto de la fama en el teatro de Cervantes». *Hispanic Review*, 27(3), Joseph E. Gillet Memorial, Part III, 280-302.
- Covarrubias, S. de (2006). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Ed. integral e ilustrada de I. Arellano y R. Zafra. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt: Vervuert.
- Hermenegildo, A. (1992). «Teógenes y el difícil arte de morir: la Numancia cervantina». *Arquivos do Centro Cultural Português*, 31, 917-23.
- Kahn, A.M. (2006). «Moral Opposition to Philip in Pre-Lopean Drama». *Hispanic Review*, 74(3), 227-50.
- Petro, A. (2005). «El fallido ritual sacrificial en *La Numancia* de Cervantes». *Bulletin of Spanish Studies*, 82(6), 753-72.
- Rey Hazas, A. (2000). «Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal». *Príncipe de Viana*, anejo 18(61), 239-60.
- Riley, E.C (2002), «La singularidad de la fama de Don Quijote». *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 22(1), 26-41.
- Suárez Ardua, M.J. (2007). «La idea de fama en el Quijote». *El Catoblepas*, 66.
- Vivar, F. (2004). *La Numancia de Cervantes y la memoria de un mito*. Madrid: Biblioteca Nueva.

